

DELANTE DEL TELON

CONFIESO QUE aún no he visto "El Evangelio según San Jaime". Declaro que no he visto ni veré el "Che", de Omar Sharif. Para la primera, estoy esperando que pasen las turbulencias del escándalo y pueda sentarme cómodamente en mi butaca a apreciar la calidad dramática de la obra de Jaime Silva, sin correr el riesgo que algún recién nacido como espectador teatral, interrumpa la función con silbidos o gritos o, lo que sería peor, que algún celoso guardián de la libre expresión teatral confundiera algunos de mis involuntarios gestos que hago cuando me sumerjo en la ficción escénica, con una actitud de protesta y me saque a empellones de la sala.

En cuanto al "Che", no sólo me aleja de los cines que la exhiben mi decidido desagrado por las bombas pestilentes, sino la misma repulsión que me producen los "posters" con figura de Guevara: la inmediata conversión en elemento de comercio, después de su muerte, de un hombre que sobre cualquiera consideración ideológica fue señor paradigma de la identificación del pensamiento con la acción.

Pero reconozco que mis inclinaciones son muy particulares. Que en esto, como en muchas cosas, estoy contra la corriente. La afluencia de público al Antonio Varas así me lo demuestra. Las colas que he visto frente a las boleterías donde se exhibe "Che", me lo confirman.

Y, bien pensado, no dejan de tener razón los multitudinarios espectadores de "El Evangelio" y de "Che".

"EN este país nunca sucede nada" es la constante queja de los chilenos que se aburren en sus oficinas, en los buses, en sus hogares y, lo que es más dramático, en los sitios llamados de diversión. Y si dudan de esta afirmación, dense una vuelta por esos siniestros lugares llamados —vaya uno a saber por qué— boites y observen el digno, respetuoso y aplastante hastío con que los parroquianos se divierten y la triste languidez de los que logran embriagarse. El teatro y el cine no escapan a la regla. Se asiste a la función "para matar el rato" y al terminar el comentario no suele pasar de un desabrido "¿Te gustó?", a una respuesta que varía de la afirmativa a la negativa, pero que en la mayoría de los casos se limita al neutral y poco comprometedor encogimiento de hombros y un cabalístico gruñido que, ni quien lo propala ni su interlocutor son capaces de descifrar.

En cambio, yo, todavía no he podido tener una impresión cabal de la calidad artística ni de "El Evangelio según San Jaime" ni del "Che", según Sharif. Pero por otros motivos. Cuando he preguntado a alguien que las ha visto inmediatamente me cuentan excitadísimo, que el día que asistieron se armó una bronca fenomenal; que Fulano le pegó a Zutano; que alguien silbó y fue silenciado; que hubo un foro en que se dijeron de una a mil y, así, cada uno tiene su anécdota. ¿Y la obra? Todavía estoy

en ayunas sobre ella. Lo mismo me ha sucedido con el "Che". Hay quienes me aseguran que estaban sentados justo al lado del terrorista —"regio, te diré"— que puso una bomba; otras me dicen que le registraron las carteras viviendo la misma emoción que quienes viajan al extranjero sienten cuando la revisan en aduana y no falta el que se sienta un James Bond, porque pasó por las narices de los detectives sin que le detectaran que bajo el abrigo llevaba un sospechoso bulto. Aun cuando el bulto haya sido de ropa interior recién comprada, "pero que bien pudo haber sido una bomba".

En fin, el espectador de "El Evangelio", al igual que el espectador del "Che", siente que al asistir a la respectiva función existe la posibilidad de que suceda algo, que "le" suceda. Que deje de ser el pasivo espectador y se convierta de pronto en actor; que, por un momento, puede tener la oportunidad de suplantar en el interés general a los actores en el escenario o a las imágenes de la pantalla.

Y esto es saludable. Es un progreso, por lo menos, a lo que al teatro se refiere. Que el espectador aplauda, patee, lllore, grite, vocifere; en otras palabras, que sienta que el espectáculo le atañe vitalmente es algo que siempre la gente de teatro buscó. Ahora, aún cuando sea por reacción organizada, guiada por razones religiosas o políticas, se está consiguiendo.

El escándalo no es un hecho negativo. Lo negativo es la indiferencia.

Y NO se trata, por cierto, que estemos con las bombas, los gritos o los golpes. Existen formas más sutiles y más profundas de hacer participar y de comprometer al público con el espectáculo. Desde luego, protestar y rechazar es más fácil que aplaudir y adherir.

Pero las bombas y los golpes han obtenido algo en beneficio de quienes creen que el teatro y el cine son manifestaciones importantes en la vida de una comunidad. Se ha logrado, por ejemplo, que críticos literarios de la talla de Ignacio Valente y de Guillermo Blanco se hayan preocupado, por primera vez, de una obra dramática. Se ha conseguido que los diarios de mayor circulación pongan en primera plana una película que se exhibe entre nosotros.

Puede que, algún día, Valente y Blanco vuelvan a emplear su talento para juzgar una obra de teatro y, tal vez, exaltarla en vez de condenarla. Es posible que El Mercurio o el Clarín vuelvan a colocar en primera página el título de una película, no en relación a un hecho policial, sino en consonancia con su valor cultural. Y también está dentro de lo posible que esos espectadores que asistieron al teatro o al cine, para que "les sucediera algo", vuelvan al cine o al teatro, porque sientan que allí, efectivamente, les sucede algo más importante que la excitación de una reyerta pueril.

Es posible.

Godauric

